

maldecir como un manantial de crímenes, y como un poderoso cebo tendido á los groseros instintos!

Los Jesuitas no se han dejado deslumbrar por ese brillo impostor; pero ¿deberá imputárseles como un crimen esta sagacidad, propia de una sociedad bien organizada? ¿No han obtenido mas de lo que pudieran haber esperado, y aun mas de lo que hubieran podido humanamente soñar? ¿No legaron á la Iglesia católica muchos mas pueblos que los que la arrebatava la herejía de Lutero y Calvino? En los archipiélagos y continentes del Asia, África y América fundaron nuevas cristiandades, que, aun en el día saludan á la cátedra de san Pedro como á la norma de su fe; en Europa fecundizaron el amor á la virtud y á las bellas letras; asociáronse á todas las ideas de caridad, y pusieron en práctica todas las obras que tendian á mejorar la condicion de los hombres. Si en este conjunto de acciones; si en esta incesante lucha, que ha humillado á la herejía, al paso que ha vivificado la unidad católica, no se deja ver nada de brillo, nada de esplendor y grandeza; creemos al menos que el calvinismo no podrá menos de convenir en que han ostentado los Jesuitas un valor continuo, una abnegacion constante y un entusiasmo por la fe evangélica, cuyo principio puede muy bien ser desconocido por los ambiciosos, pero cuyas consecuencias deben bendecir todos los Cristianos, sea cual fuere la secta á que pertenezcan.

CAPÍTULO XXVI.

El jansenismo. — Jansenio y Duvergier de Hauranne, abad de San-Cyran. — Sus caracteres. — Intrigas de San-Cyran. — Motivos de su odio contra los Jesuitas. — Procura atraer á su partido al cardenal de Berulle, á Vicente de Paul, á los Oratorianos y Lazaristas, con el objeto de oponerlos á la Sociedad de Jesús. — Vista su repulsa, gana en favor de su causa á las religiosas de Port-Royal-des-Champs. — La madre Angélica y el *Rosario secreto* del santísimo Sacramento. — Atácanle los Jesuitas. — Constitúyese San-Cyran su defensor. — Compone este el *Petrus Aurelius*, y Jansenio el *Mars Gallicus*. — Muerte del obispo de Ipres. — Somete al juicio de Roma su tratado inédito del *Augustinus*. — Política de San-Cyran para acrecentar el número de sus prosélitos. — Las mujeres y los grandes señores. — Los primeros solitarios de Port-Royal. — Prision de San-Cyran en la cárcel de Vincennes. — Antonio Lemaitre y su humildad. — Constituciones de Port-Royal. — Antonio Arnauld y Sacy. — Procúranse los Jesuitas algunos ejempláres del *Augustinus*. — Piden que este libro sea privado antes que se publique. — Idea fundamental del *Augustinus*. — Atacan la obra los Jesuitas belgas y franceses. — Defiéndenla los Jansenistas. — Condénala la Santa-Sede. — Antonio Arnauld ingresa en la liza. — El P. Sesmaisons y la princesa de Guemené. — El libro de la *Frecuente comunión*. — El P. Petavio y Arnauld. — El Jesuita Nouet y su retractacion. — Declaracion de san Vicente de Paul. — Muerte de San-Cyran. — Reemplázale Singlin. — El jansenismo pasa á hacerse de moda. — Método de enseñanza de los Jansenistas. — Sus libros elementales. — Sus grandes hombres. — Logran seducir á varios obispos. — Biografía de los discípulos de Jansenio. — Hácese discípulo suyo el cardenal de Retz. — Toman parte en la Fronde. — La universidad abraza las doctrinas del jansenismo. — El Dr. Cornet y las cinco proposiciones. — Confedéranse la Sorbona, los Jesuitas, Mr. Olier y Vicente de Paul. — El *jansenismo confundido*, y el P. Brisacier. — Condena promulgada por el coadjutor contra aquel Padre. — Se niegan Olier y Abelly á leer en cátedra el acta del coadjutor. — Envian los Jansenistas á Roma á tres de los suyos. — Diputacion del clero francés. — Es condenado el jansenismo. — La madre Angélica y los Jansenistas acogen bajo la proteccion de su virtud los vicios del cardenal de Retz. — Por su medio se hacen dueños de la diócesis de Paris. — Arnauld y la Sorbona. — Provoca Arnauld la primera *Provincial*. — Biografía de Pascal. — Las *Provinciales*. — Entusiasmo que producen. — Silencio de los Jesuitas, y los motivos que les impulsan á guardarle. — Sagacidad de Pascal. — El probabilismo y el probabillorismo. — Consecuencias de ambas opiniones. — Teófilo de Corte y Alfonso Ligorio. — Aconsejan los Jansenistas sucesivamente el libertinaje, el asesinato y la reclitud de intencion. — Condena el Parlamento

las *Provinciales*. — Contesta á ellas el P. Daniel con las *Conversaciones de Cleanto y Eudoxia*. — Creacion del consejo de conciencia. — El P. Annat. — El jansenista Fouquet. — Hardouin de Perefice, arzobispo de Paris, y Bossuet, quieren distraer de sus ideas á las religiosas de Port-Royal. — Los PP. Annat y Ferrier negocian con Gilberto de Choiseul, obispo de Comminges. — Cartas de este último al obispo de Angers, Enrique Arnauld. — Son dispersados los solitarios y las religiosas de Port-Royal. — Relacion de la madre Angélica de San Juan. — Nicole y el canciller Le Tellier. — Rompe Arnauld el tratado de paz, por ser obra de los Jesuitas. — El arzobispo de Sens y el obispo de Chalons, pacificadores. — Paz de Clemente IX. — *La Moral práctica de los Jesuitas*. — El abate Pontchateau y Arnauld. — *La Perpetuidad de la fe* y los *Ensayos de moral*. — Arnauld y Nicole. — Causas de division entre los obispos y Jesuitas. — Excomúlgalos el arzobispo de Sens. — Persiguelos en Grenoble el cardenal Le Camus. — Acúsalos el obispo de Pamiers. — Sus debates con D. Juan de Palafox. — Este y los Jansenistas. — Carta de Palafox al Papa. — ¿Por qué Palafox no ha sido canonizado? — El cardenal Calini en presencia del consistorio en 1722.

La Sociedad de Jesús acaba de luchar en Europa con el luteranismo y calvinismo sin conseguir mas que debilitar aquella formidable herejía, que fraccionada en mil sectas diferentes, y marchando bajo distintas enseñas, reducía al mas completo silencio sus odios y ambiciones, cuando se trataba de atacar á la Iglesia. Las armas de Gustavo Adolfo y de Bernardo de Weimar, secundadas por la política de Richelieu, la habian conquistado en Alemania el derecho de ciudadanía; al paso que del seno de tantas pasiones puestas en movimiento no tardó en surgir una innovacion religiosa. Lutero, Calvino y sus adictos, se habian separado con violencia de la comunión romana, habian roto el yugo de la fe católica para inaugurar la libertad de exámen y el triunfo del pensamiento individual, y no habian perdonado medio para desarrollar aquella crisis. Ya no era posible provocar otra sublevacion tan estrepitosa. Mas presentáronse en la arena otros nuevos hombres que, con máximas menos absolutas, trataron de colocarse entre ambos campos, con el objeto de hacer revivir por medio de eternas discusiones los sistemas teológicos sufocados por la guerra de treinta años, y por la espantosa voz de las batallas. A estos hombres se les llamó Jansenistas, del nombre del obispo flamenco que dió origen á esta secta, con su obra titulada el *Augustinus*.

Nacido Jansenio por los años de 1585 en la villa de Ackoi en Holanda, pasó á cursar la teología en el colegio de los Jesuitas

de Lovaina, donde, habiendo solicitado su admision en el Instituto, y no habiendo sido oidos sus ruegos, se declaró desde luego su antagonista, ya que no le habian querido por hermano. De la escuela de los Jesuitas corrió á la de Jaime Bayo, que en la cátedra que regentaba en la universidad, resucitaba del polvo las doctrinas de su tio. Las ideas son como las pasiones; modificanse y se transforman, pero no se dan por vencidas hasta que se hallan cercioradas de su impotencia. Belarmino y Toledo habian forzado á Miguel Bayo á una retractacion, la cual obtenida por ambos Jesuitas, fue para los discípulos del canciller universitario un nuevo motivo de desconfianza y animosidad contra los Jesuitas. Mancomunóse el prurito de la discusion con el orgullo ajado, y del bayanismo muerto en la cuna nació un nuevo error.

En Lovaina tenia Jansenio por amigo y condiscípulo á Juan Duvergier de Hauranne, nacido en Bayona por los años de 1581, y mas conocido en la historia por el abate de San-Cyran. Aleccionados estos dos jóvenes en las escuelas de Bayo y del canciller Janson, en la interpretacion de las obras de san Agustin, que á la sazón servian de palenque á todos los novadores, se entusiasmaron por las doctrinas del doctor de Hipona, por creerlas capaces de suministrar á su odio abundantes argumentos contra las teorías escolásticas de la Orden de Jesús. Dificiles fueron los principios de su carrera: emprendieron viajes, estudiaron; y viviendo separados unas veces, y reunidos otras, jamás perdieron de vista el plan y el objeto que su encono les propusiera, participándose mutuamente sus trabajos, así en sus entrevistas como en su correspondencia. Seguíale Jansenio con aquella flemma germánica, que á veces encubre una obstinacion invencible; mientras que su colega de Hauranne, ardiente y fogoso siempre, é incessantemente dispuesto al combate, no concedía un solo instante de treguas á su ingenio quisquilloso y á los continuos raptos de su fantasía. Venian á ser ambos el cuerpo y alma de este negocio. Jansenio, dialéctico mas cerrado, se encargó de elaborar la doctrina que esperaban diseminar, en tanto que el segundo debió contentarse desde luego con un papel adecuado á su carácter movido. La idea fue obra de Jansenio; San-Cyran la desarrolló, y la buscó y le proporcionó adeptos. Aun no habia visto la luz pública el *Augustinus*, y la fama de sus bellezas literarias habia ya divagado por todos los círculos de su intimidad, en los que, mer-

ced al genio intrigante del abate, se proclamaba este libro como un prodigio de perfeccion y de genio, que, sin embargo no pasaba de ser un árido comentario de san Agustín, ó mejor dicho, una tesis sobre la predestinacion y la gracia; tesis mil veces debatida, y mil veces resuelta. Mas, como en el abate era, digámoslo así, una especie de necesidad el presentarla como una maravilla del genio, no perdonó medios para conseguirlo aun antes de su publicacion. « Muchos sugetos distinguidos por su piedad y erudicion, tanto seglares como regulares, dice Liberto Fromond en « la *Vida de Jansenio*, su maestro, le estimulaban á este trabajo, « temiendo que el mencionado libro, que sus adictos comparaban « con la *Vénus de Apeles*, quedase por concluir, si la muerte llegaba á cortar el hilo de los dias á su autor. »

La doctrina del futuro obispo de Ipres, como todas aquellas cuya última palabra es un arcano, elevada al apogeo de la sublimidad por San-Cyran, no pudo menos de suscitar do quiera prosélitos, que trató de elegir el abate entre las clases mas elevadas de la sociedad; y á fin de hacer mas seguro su triunfo, no perdonó medio alguno, hasta forzar su semblante grave y severo á simular adulaciones y lisonjas, cuyo precio duplicaba su reputacion de hombre austero. Sin pasar á divulgar sus designios, después de construirse un pedestal cerca de los magnates y prelados de sus interesados elogios, supo manejar de tal modo la intriga, que llegó á granjearse numerosos apoyos tanto en la corte como entre los individuos del clero, y en el interior de las provincias, á quienes recomendaba la discrecion, como si les hubiese confiado sus planes. *Occulte, propter metum Judaeorum*: ocultadlo por temor de los Judíos; *esos pajarracos son temibles*, era su consigna ¹. Los Judíos á quienes aludia eran los Católicos, y especialmente los Jesuitas.

Un maravilloso trabajo se obraba á la sazón en Francia. Derrotado el calvinismo, marchaba la Iglesia con rapidez en pos de gloriosos destinos. El abate que, como su colega, no aspiraba sin duda á romper con la unidad católica, conoció sin demora que, ya en los institutos religiosos como entre los eclesiásticos seculares, no dejaria de hallar hombres de erudicion y energía, y bastante fuertes para dar á su sistema una sancion pública. Solo aspiraban á despertar cuestiones que la sabiduria de los Pontífices,

¹ Interrogatorio sufrido por San-Cyran en Vincennes, y publicado por un jansenista en 1740.

y la prudencia de los Jesuitas y Dominicos habian dejado adormecer en las congregaciones de *Auxiliis*. Jansenio y San-Cyran, así como todos los que se dejan llevar de una idea, debian ir mucho mas léjos del punto que habian previsto. Si en un principio cedieron á un impulso de escuela, ó bien al deseo de presentarse como eruditos antagonistas de los teólogos de la Sociedad, este deseo, no obstante, que autorizaba el estudio, y que la erudicion agregada á la fe podia contener en sus justos limites, fué degenerando poco á poco en animosidad. El orgullo se apoderó de aquellos ingenios vigorosos, y el odio que profesaban á los hijos de Loyola les arrastró á tocar el extremo á que jamás habian creído llegar.

El cardenal de Berulle y Vicente de Paul acababan de crear dos congregaciones, en que el talento, asociado á una piadosa abnegacion, engendraba prodigios; y persuadido San-Cyran de que tal vez en el corazon de ambos sacerdotes podria abrigarse un sentimiento de emulacion, ó quizás de celos, y que sabiendo hacerle vibrar pudiera muy bien inocular en él sus doctrinas; seguro ya de poseer cierta afinidad científica con Richelieu, obispo de Luzon, cuya elevacion presentia, trató de formarse unos vínculos mas estrechos con el fundador del Oratorio y con el padre de los Lazaristas. Empezó, pues, por sondear á Berulle, y cuando se formó la ilusion de que sus principios no serian rechazados, consultó á Jansenio sobre si seria oportuno dar un golpe decisivo. El teólogo belga, que no tenia la cabeza tan exaltada como el sacerdote bearnés, y que no se alimentaba como él de ilusiones, ni tomaba las quimeras como realidades, contestó á su amigo, con fecha 2 de junio de 1623, en los siguientes términos: « Semejantes sugetos son muy particulares cuando abrazan algun negocio « por su cuenta: por esto creo que no seria cosa de poca monta el « que mi obra fuese secundada por alguna congregacion semejante, « porque una vez empeñados, serán capaces de caminar contra viento y marea; pero juzgo mas del caso que no mencioneis « el *Augustinus* al General del Oratorio; parece-me que aun no es « tiempo. »

La sagacidad del doctor de Lovaina evitaba una derrota al abate. El carácter de Vicente de Paul, que bastaba á inspirar confianza á primera vista, la amistad que profesaba al apóstol del jansenismo aun en gérmen, sus ideas de perfeccion, todo en fin

contribuía para creer que el fundador de las Hijas de la Caridad no se mostraria tan rebelde á sus insinuaciones como el cardenal de Berulle, y de aquí tomó un pretexto para franquearse un acceso á su corazon por medio de la lisonja; pero en el momento en que el abate se hubo quitado la mascarilla, rompió Vicente con él, y escribió á Origny ¹ en estos términos: «Hé aquí la manera con «que me habló San-Cyran un dia:— Dios me ha dado y me da «grandes luces; me ha hecho conocer que hace ya quinientos ó «seiscientos años que no existe la Iglesia. Antes de esta época la «Iglesia se asemejaba á un gran rio, por el que traia aguas cris- «talinas y puras; pero ahora lo que parece ser la Iglesia no es «mas que fango. El álveo de este rio es aun el mismo, pero no lo «son las aguas. — Ese mismo pretexto, le contesté, ha servido de «basa á todos los heresiarcas para apoyar sus errores... y le cité «el ejemplo de Calvino. — Calvino, me replicó, no obró mal en «todas sus empresas; pero se defendió mal.»

Estas palabras fueron suficientes para abrir los ojos á Paul, quien en adelante solo miró en San-Cyran un eclesiástico perjudicial, de quien se separó públicamente. Viendo el embaucador frustradas sus primeras tentativas, y conociendo los obstáculos contra los que le era indispensable luchar para suscitar en favor de su causa partidarios en las congregaciones de hombres; obstáculos que le parecieron desde luego insuperables, probó otro plan. Después de habersé visto obligado á estudiar las debilidades de la humanidad con el objeto de reclutar prosélitos á su coalicion teológica, se dirigió á los institutos de mujeres, visto que el clero se resistia á sus seducciones. Las religiosas estaban, segun él, dotadas de una imaginacion entusiasta, y dispuesta, por la soledad y aislamiento en que yacian, á recibir toda especie de impresiones; y como las juzgaba materia mas idónea para aceptar la impostura, que lo podian ser unos sacerdotes envejecidos en su ministerio ó en las controversias, parecía tambien posible inspirarlas cierta dosis de entusiasmo en favor de las innovaciones. Al darlas cierta importancia en el mundo, no era difícil esperar que semejante espectáculo llamaria vivamente la atención de la multitud.

¹ Carta de san Vicente de Paul, del 25 de junio de 1648, á Mr. de Origny, sacerdote de la Mision. Hállase en su *Vida*, escrita por Abelly, obispo de Rhodéz.

En las inmediaciones de Chevreuse, ó bien en un valle distante seis leguas de Paris, existia un monasterio de vírgenes, sometidas á la regla de san Benito, y cuyo establecimiento habia tomado el nombre de Port-Royal, porque habiéndose extraviado en una cacería Felipe Augusto, fue hallado en este sitio por los que le acompañaban en ella ¹. Enrique IV habia nombrado á principios del siglo XVII para esta abadía á Angélica, una de las hijas del famoso abogado Arnauld. Angélica, jóven, hermosa é instruida, utilizaba estas cualidades en su propia perfeccion y la de sus hermanas, emprendiendo con ardor la reforma de su comunidad, cuyas reglas y disciplina se habia relajado en gran manera á consecuencia de las discordias intestinas. Consagróse como ella, su hermana menor, la madre Inés, á aquella vida de abnegacion y humildad, granjeándose casi una gloria mundana con el esplendor de sus virtudes. En 1624 su reputacion habia llamado tan gran concurso de novicias, que fue indispensable tratar de proveer al acrecentamiento de la piadosa familia. Sentíase Angélica llamada á representar su papel en un teatro mas vasto: la abadía de Port-Royal-des-Champs no la permitia ya la libre respiracion; y dos años después tuvo por conveniente cambiarla por la de Port-Royal de Paris, en el arrabal de San Jaime.

El obispo de Langres, Zamet, que profesaba á esta mujer extraordinaria una profunda veneracion, de que habia dado ejemplo san Francisco de Sales, la habló de crear un nuevo Instituto, cuya idea principal fuese la adoracion perpetua del santísimo Sacramento. Angélica acogió con avidez esta idea, componiendo de concierto con su hermana el *Rosario secreto del santísimo Sacramento*, en el cual, ya fuese error ó cálculo, dejó traslucir algunas opiniones bastante aproximadas á la doctrina que Jansenio y San-Cyran intentaban resucitar. Los Jesuitas, para quienes no era por cierto una recomendacion el nombre de Arnauld, atacaron desde luego este escrito, y le censuraron con acrimonia, dando lugar á que declarada la guerra se lanzase como un tercero en discordia, ó mas bien como un auxiliar de las religiosas de Port-Royal, el mencionado abate. Verdad es que las hijas de Arnauld no le conocian, y que jamás habia tenido con ellas ninguna clase de relacion espiritual; pero como ellas disfrutaban de una incontestable reputacion de virtud, como eran tan célebres

¹ *Memorias de Difossé*, lib. I.

en el mundo como en el claustro, admirábaselas, y ellas mismas se engolfaban á plenas velas, y aun á insabiendas, en el piélago de sus teorías. Persuadido de Hauranne que en el fondo de este suceso existía todo un porvenir de polémica contra la Compañía, y aun acaso el triunfo de su pensamiento agustiniano, defendió con toda la vivacidad que le inspiraban tantos pensamientos apenas concebidos, la obra de las religiosas de Port-Royal; y después de haberse constituido su asesor, pasó á improvisarse su director y su oráculo. La madre Angélica ejercía sobre su familia y sobre una parte de los cortesanos un ascendiente, debido tanto á la superioridad de su virtud, como á la de su talento: al paso que imperaba sobre la voluntad de su hermano Andilly, uno de los hombres mas amables de Paris, imponía la suya á los protectores que daba á su monasterio; así es que, una vez posesionado el abate de la confianza de esta mujer, no le costó gran dificultad iniciarla en sus proyectos de reforma. Con el objeto de conservar el fuego que había insuflado en aquellos corazones ascéticos empezó por recomendarlas el secreto: rodeóse de misterios; mandólas que entregasen á las llamas sus cartas después de haberlas leído, para no traslucir el mas débil vestigio de los medios que empleaba¹; llegando á fascinar de tal modo al P. José, por el influjo que disfrutaba cerca de la abadesa de Port-Royal, y al que su hipócrita fisonomía y sus ardientes expresiones le habían conquistado, que el engañado religioso le confió sin vacilar la dirección de las religiosas del Calvario². San-Cyran se valió de los mismos resortes que había puesto por obra en Port-Royal, y por consiguiente; obtuvo los mismos resultados. Pero apenas tuvo ocasión el célebre Capuchino de observar el cambio obrado en los corazones de las religiosas, cuando reveló al cardenal de Richelieu el origen y los peligros de una nueva secta.

Entre tanto la corte de Roma prohibió el *Rosario secreto*, que habían atacado los Jesuitas. Preciso era, ó someterse á la decisión de la Santa Sede, ó emanciparse de una oscuridad apacible, para resistir por medio de la controversia al juicio de la Iglesia. Alentólas San-Cyran en su obstinacion; y dando él mismo el ejemplo, empezó á caminar con la frente erguida y á las claras hácia la realizacion de sus designios, diseminando por do quiera el gér-

¹ Interrogatorio de San-Cyran.

² Historia de Port-Royal, por Racine, 1.^a parte.

men de su error: quería vengarse de los Jesuitas, y le importaba por tanto crearse algunos apoyos en el episcopado. Los Padres del Instituto habían tenido algunos debates sobre jurisdiccion con el obispo de Caledonia, vicario apostólico en la Gran Bretaña; y tomando de aquí un pretexto el abate para constituirse en campeón de la autoridad episcopal, en detrimento de las Órdenes regulares, dió á luz en 1636 su obra intitulada, *Petrus Aurelius*; impresa á expensas del clero francés; quien apenas había pasado un año, el 13 de setiembre de 1637, vió disiparse su ilusion como el humo, y revocó su primer juicio. Sintiendo Jansenio en la misma época la necesidad de granjearse partidarios en Bélgica, empezó por predicar lo útil y prudente que sería el sacudir el yugo español, ora acantonándose como los suizos, ó bien confederándose con los Estados generales de Holanda. Pero su plan de república aristocrática no era el mas idóneo para captarse el favor de Felipe II; y queriendo insinuarse en su amistad á toda costa, publicó una sátira contra los reyes de Francia, bajo el epígrafe de *Mars Gallicus*. Este folleto, dividido en ochenta y ocho capítulos, viene á ser una especie de manifiesto, en el que recapitulando la memoria de cada monarca, desde Clodoveo hasta Luis XIII, «Jansenio declama, segun la expresion de Bayle¹, del modo mas «odioso y maligno.» El eclesiástico flamenco prodiga los insultos mas atroces á un pueblo que le había otorgado una prolongada hospitalidad. El Cardenal infante, gobernador á la sazón de los Países Bajos, recompensó esta ingratitud, á instancia del presidente Rose, nombrándole obispo de Ipres; pero apenas transcurrieran tres años desde la época de su promocion, el 6 de mayo de 1638, cuando murió el obispo víctima de la peste, aunque con sentimientos cristianos, y sometiendo su obra á la aprobacion ó censura de la Santa Sede. Ora fuese presentimiento, ó quizás temor de fomentar una herejía, el *Augustinus* había sido condenado por su autor á la oscuridad durante su vida.

Por una carta dirigida al Papa, por su testamento, y por una declaracion contenida en el texto de su obra, el obispo de Ipres proelamaba, que él era hijo de obediencia, y que los decretos emanados de la cátedra de san Pedro serian siempre los guias de su fe. «Estoy resuelto, escribia², á seguir hasta la muerte, co-

¹ Diccionario histórico-crítico, por Bayle; artic. *Jansenius*.

² *Augustinus*, proém. c. XXIX. Epilog. in t. III, p. 445. (Edic. de Rotterd.).